

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

DESPUES DEL BAILE.

Debo una esplicacion á los benévolos lectores y amables lectoras de mis cartas insertas en LA PRIMAVERA.

Movido de un sentimiento de humanidad, escribí á mi amigo *D. Tétrico* invitándole á ir al baile y tocándole para persuadirle su *cuerda sensible*. ¡Cuál fué mi sorpresa al ver mi carta estampada en este periódico! Escentricidades de mi amigo que siempre tiene reservada una jugarreta. Luego escribí al otro comunicándole el triunfo que obtuviera de *D. Tétrico* y sus observaciones en el baile, y aquel diablo, imitando al primero, publica tambien la carta. ¡Qué diantre! exclamé. Todo se pega menos el talento y la hermosura. Maldita sea la imitacion; y sin embargo todos imitamos y siempre imitamos dando vueltas y recorriendo círculos, nunca salimos de la imitacion. Oh, y si siempre imitásemos bien..... La conducta de mis amigos sacando á plaza mi pobre magin, me ha puesto en el grave compromiso de concluir la historia del baile. Mas ¿de dónde sacar el fin, y cómo cogerlo? fuerte era el apuro, pero afortunadamente estando en cierta visita me encontré con un caballero

que me sacó de él á las mil maravillas.

Pues, el tal señorito es uno de esos *señoritos necesarios* que frecuentan la alta, la media y la baja sociedad, que todas las puertas hallan abiertas; que tienen el talento de acomodarse á todas las circunstancias y condiciones sociales; que se meten por el ojo de una llave, y cual duendes, hételos ahí cuando menos se les espera; en fin, era mi señorito el *D. Teodorito* de la poblacion.

Despues de hablar del tiempo, de los baños, de males nerviosos y de otros asuntos arrastrados á la conversacion; no sé por qué casualidad salieron á corro el baile y las malhadas cartas. Nuestro señorito tomando un aire de importancia, dijo con grave acento. « Si conociese á *D. Tétrico* ó á ese buen *Paco*, les informaria de los resultados del baile. » Me sentí turbado y con los colores al rostro, temeroso de que se adivinara el autor epistolar. Mas pronto me repuse, y le supliqué tuviera la bondad de comunicármelos que yo conocia muy bien á ambos.

« Entonces, pues, ahí va la historia. »

— Sí, sí, la historia respondieron á corro todas las señoras que allí estaban.

— Adios, dije para mí, ya asoma la cu-

riosidad.—Y todos somos curiosos; nos desvivimos por saber; la curiosidad está encarnada en nuestro corazón; sin ella seríamos todos unos alcornoques, porque ella es el fundamento de todas las ciencias, de todas las artes, de toda industria y aun de nuestros lazos sociales; y sin embargo, es lo que más criticamos. ¡Flaquezas humanas!

«Pues señor, principió nuestro narrador, Enriqueta se retiró llena de satisfacción y de orgullo, porque estuvo muy favorecida y obsequiada en el baile, y por haber humillado á un joven algo ligerillo que en el intermedio de un rigodon se atrevió á aventurar una palabra un poco precóz. Nuestra bella le dió una de esas miradas que aterran como la boca de un cañon; y con ese desden, con ese sabio desvío y disimulo que tan bien saben manejar las mugeres cuando quieren esquivar una respuesta, le preguntó ¿no es verdad que esta tarde hacia mucha humedad? ¿Estuvo V. en el paseo? Nuestro pobre héroe no tuvo otra contestacion que: «así, así, tiene V. razon., » y se mordió los lábios.

No hay que decir que los señores jugadores se fueron mustios, no por lo que perdieron en el juego, sino por lo que iba menguando en ellos sin esperanza de recobrar.

La joven desairada que con su mamá se salió del baile sofocada por el calor, al llegar á su casa se dejó caer sobre un sofá, en donde permaneció abismada unos minutos: luego levantándose como impelida por un resorte, fuése al espejo, miróse de arriba á bajo y, llena de despecho, se arrancó los adornos que cubrian su hermoso cabello arrojándolos sobre la cónsola y exclamando: «¿de qué me habeis servido sino para hacer más dolorosa mi humillacion? ¿No es cierto mamá, que se han portado muy mal conmigo? Esos señores creen cumplir con convidarnos al baile.... Mejor dirian que

nos convidan á estar sentadas toda la noche; para eso ya tengo mis sillas y mis sofás. Bailan con unas cuantas, con las que tal vez menos lo merecen, y se creen haber cumplido con todas. ¡Bonito papel! » — «Tienes razon hija mia: en mis tiempos no sucedia esto; los caballeros eran más galantes. » Y madre é hija fueron á acostarse. Dícese que la niña no durmió en toda la noche.

Todo lo contrario ocurría entre Pepita y su hermana Carmencita. Alegres porque casi todos los jóvenes se habian acordado de ellas, se contaban mientras se desnudaban, los lances que les habian pasado. Pero se compadecieron de la amiga justamente despechada. «No me ha irritado tanto, decia Carmencita, el que ninguno de los jóvenes que estaban en el salon la haya sacado á bailar como ese Ernesto que le hace el amor. Plantado en la puerta como un poste, como figura de surtidor, con las manos en las narices, todo se le iba en hacerla mil muecas en vez de ir á vestirse y vengarla del ridículo que corria.... Oh, si conmigo pasase, ya se morderia los puños por mucho tiempo. »

Adolfo y Calixto se contaron en la cama sus aventuras. — Chico decia el primero, he hecho una declaracion á Ramonita de A.; pero ¡qué ladina! Me escuchaba con aire distraido dándose con el abanico golpecitos en la mano izquierda, y no he podido conseguir más que un frio «veremos;.... son Vds. tan falsos...» La amo de veras, y confíesote que me ha desconcertado su frialdad no menos que la risa sardónica de su hermana Antonieta que lo oia todo. — Pues, amigo, dijo Calixto, yo no se porqué capricho me he consagrado toda la noche á Elisa... que me ha hecho rabiar de lo lindo. La maldita ha comprendido sin duda que mis palabras no salian del corazón, y aun

sospecho que no ignora mis relaciones con F..., pues ha dado en tomar á risa cuánto le decia. — «La amo á V. mucho.» — *Ja, ja, y qué cosas tiene V.* — «Sin V. me sería insoportable la vida.» — ¿De veras? *Ji, ji, ay: no se muere V.?* — Y así por el estilo tan bien ha hecho la simple, que á no tenerla bien conocida hubiera creído que en efecto era una pobre boba. Se ha burlado de mi completamente. »

Iba aun á continuar nuestro D. Teodorito; pero una importuna visita de una persona grave le interrumpió.

Ya ven Vds. señores, que la historia no me pertenece. Líbreme Dios de dar por mio lo que es de otro. Esto queda para algunos escritores y paladines de gran.... *talento*, no para el humilde

Paco.

LAS PARÁBOLAS DEL DIVINO MAESTRO.

EL TESORO OCULTO.—LA PERLA PRECIOSA.—LA RED.

«El reino de los Cielos parecido
«es á un tesoro, que, en un campo oculto
«un hombre se halla, y con el gozo habido
«sus bienes vende, y el terreno inculto
«determina comprar, y enardecido
«dá cuanto piden por el campo, á bulto.»
La doctrina de Cristo es el tesoro,
que no justipreciara un mundo de oro.

«Tambien es parecido á un negociante
«que busca con afán perlas preciosas:
«y hallando una de precio escorbitante,
«por mas hermosa que las mas hermosas,
«cuanto tiene enagenada en el instante
«y por la perla da todas las cosas.»
Lo mismo incluye, como la otra breve:
todo por Dios sacrificarse debe.

Su santo amor es la preciosa perla
de inestimable cálculo y valía,
que el alma debe dar por merecerla
cuanta fortuna terrenal había.
Tal es su resplandor, que solo el verla
con la imaginacion, nos estasia,
no pudiendo sufrir ojos carnales.
vividios resplandores celestiales.

«Seméjase á una red de peces llena,

«que al sacarla, con júbilo escogieron,
«y arrojando los malos á la arena
«en vasijas los buenos depusieron.
«Así del mundo en la postrer escena
«los justos con los ángeles subieron:
«segregados los malos se han hundido,
«y habrá el llanto y de dientes el crugido.»

* * *

Hemos tenido el gusto de examinar con alguna detencion, el precioso cuaderno de composiciones de la Señorita Alix de Lacour, y sentimos vivamente no poseer una pluma bastante autorizada, para hacer de ellas el elogio que merecen. Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de las brillantes dotes que la adornan, además del artículo que insertamos en el número del domingo 17 de mayo último, hemos ensayado en este, interpretar los delicados conceptos del que lleva por epígrafe «Pobre Madre» composicion no menos sencilla y tierna que la anterior. Al publicarla, no solo nos mueve la idea de tributar á la jovenita literata un justo homenaje de admiracion y darle nuestros placeres, sino tambien el deseo de animar á nuestras lindas compatriotas á seguir su ejemplo: el corazon de la muger, asiento de la mas pura sensibilidad, es sin disputa el mas apropiado para transmitir tan bellas concepciones.

¡POBRE MADRE!

(Por Mlle. Alix de Lacour.)

Era una hermosa velada de verano; durante el dia el calor habia sido sofocante. Salí para dar alguna expansion á mi espíritu y respirar el aire de la campiña. Un vago pesar oprimia mi pecho en medio de los encantos de la naturaleza; necesitaba meditar. Dirijí mis pasos hácia el cementerio, que está á alguna distancia de la ciudad. En él descansan los restos de una amiga tierna y virtuosa, de la sola amiga que he tenido en la tierra. Llegué lentamente á esta fúnebre mansion; un sobrecojimiento indefinible hí-

zome estremecer al entrar en este misterioso recinto. Atravesé silenciosamente varias calles formadas de dos largas filas de monumentos fúnebres, sombreadas por los cipreses, y llegué donde estaba la tumba de la que tanto había amado. Arrodillada al pie de la modesta cruz donde reposa, y que se eleva como un emblema de la esperanza, vertía en silencio copiosas lágrimas y dirigía al cielo fervientes preces, cuando llegaron á mis oídos algunos acentos lastimeros. ¡Ah! díge, no soy yo sola la que ha venido á llorar aquí! Aumentáronse entonces mis lágrimas por que mi corazón estaba profundamente conmovido.

Trascurridos algunos instantes, la voz que había percibido dejó oírse de nuevo; parecióme que salía de una enramada de acacias: me aproximé silenciosamente, y, ocultándome bajo las ramas flexibles de un sauce lloron, descubrí entre el follaje una pequeña tumba blanca como el armiño, y tersa como el cristal, y al pie de ella una señora vestida de negro, cuya profunda tristeza causóme una honda sensación. Su traje rico, aunque sencillo, anunciaba opulencia, y su semblante, aunque descolorido, conservaba evidentes señales de una magestuosa belleza. Entretejía una corona que dejaba caer de cuando en cuando, para dar libre curso á sus lágrimas.

Permanecía inmóvil, esperando el fin de esta tierna escena, cuando la desconocida, no pudiendo ya reprimir sus sollozos, y creyendo que estaba sola, abandonóse á su dolor, que espresó en estas sentidas palabras:

« ¡Dios mio! habeisme dado para mi consuelo, á esta hermosa niña! yo la veía crecer bella y pura como un ángel, era mi encanto, mi embeleso: y la habeis arrebatado á mi ternura! que haré yo ahora?..... Dios mio! dadme valor. »

« Seis dias hace, me estasiaba todavía en su sonrisa angelical, y su voz balbuciente penetraba todavía en mi corazón!.... Seis dias hace descansaba en mis brazos?.... y

« hoy en la tumba... Dios mio! Dios mio! tened piedad de la mas infortunada de las madres, reunidme con mi hija! »

Estas fueron sus últimas palabras. La desconocida quedó entonces como oprimida bajo un peso que parecía abrumarla.

Sin embargo, la noche adelantaba; la luna, que proyectaba su pálida luz á través de los mausoleos y cipreses, dibujábame sombras que me llenaban de terror. Alejéme dejando á la desventurada, cuyo penetrante dolor había hecho en mi alma tan viva impresión.

Pobre madre! decía, ha visto palidecer la bella frente de su tierna hija; ha recibido su último beso; ha recogido su último suspiro! qué dolor es comparable al suyo?...

Pobre madre! todo acabó para ella en el momento en que su hija dejó de sonreírle! no la verá ya, alegre, jugar en torno de ella, ó coger las flores de la pradera para ofrecérselas; no la oirá ya pronunciar mas el dulce nombre de madre!!!....

Pensativa y profundamente afectada llegué á mi casa. La noche me pareció muy larga, porque no pude conciliar el sueño; las impresiones del dia anterior me habían ajitado en extremo. El dia siguiente y otros varios despues fuí al cementerio, deseosa de volver á ver á la desconocida y de trabar amistad con ella. Hallábala siempre sumergida en un indefinible dolor. Algunas veces entretejía nuevas coronas que debían reemplazar á las que se habían marchitado; otras regaba las flores que crecían en torno de la pequeña tumba, y levantaba las que el huracán había inclinado; despues se arrodillaba sobre el mármol para meditar y llorar. Yo deseaba vivamente dirigirle algunas palabras de consuelo, parecíame que nuestros corazones se hubieran comprendido; pero no me atrevía.....

Apremiantes negocios me llamaron á la capital, y hube de interrumpir por tres meses mis paseos al cementerio. Oh ¡ cuánto sentía tener que ausentarme! la desconocida me había inspirado tanto interés, al escitar

mi curiosidad! A mi regreso apresuráme á visitar el pequeño mausoleo donde la habia dejado! Estaba solitario; la lámpara que ardia en el nicho se habia apagado y las guirnalda de flores estaban marchitas. Entonces penetré en la espesura; el primer objeto que se presentó á mi vista, fué la pequeña tumba cuya blancura me habia sorprendido; llevaba esta inscripcion: «Al ángel de nueve años que el cielo me ha arrebatado: envidiad su suerte, pero doleos de su pobre madre!....»

He aquí, dije profundamente enternecida, he aquí pues la tumba regada con tantas lágrimas, y en otro tiempo embellecida con tan tierna solicitud. ¿Mas, por qué está ahora solitaria, abandonada? al acabar estas palabras volvíme, y observé al lado del ciprés que la protegia, otra tumba recientemente concluida, y sobre la cual estaban grabadas estas palabras: «No lloreis ya á la pobre madre....» Entonces comprendí que la desventurada.... habia muerto. No llorará ya mas en esta triste soledad, y el eco fúnebre no repetirá ya mas sus acentos lastimeros. Dios ha oido su súplica; la ha colocado junto á su adorada hija, y en medio de los ángeles será eternamente feliz. No lloremos pues ya á la pobre madre!....

F. A. y S.

EPISODIOS DEL MATRIMONIO.

DIAS DE VENTURA.

(Continuacion.)

Al fin pareció que el cielo queria compensarse de nuestros infortunios, deparándonos el hallazgo de una muger pobre, tan pobre, que muchas noches se acostaba sin tener pan que llevar á la boca ni fuego con qué calentarse. Acostumbrada á la necesidad y al sufrimiento, no habia que temer de su parte los melindres y ecsigencias de otras nodrizas. A casa, pues con ella. Ya la tenemos: siempre dócil, siempre complaciente, siempre brindándose á todo género de faenas, siempre aviniéndose á toda clase de comidas. ¿Y el niño? ¡Oh! el niño mejor que nunca. ¡Qué alegría, qué satisfaccion tan grande la nuestra! Ahora si que van á ser una verdad las dichas del estado conyugal.

Nunca los pueblos se las han prometido tan buenas de las proclamas y alocuciones de los partidos cuando suben al poder presentándoles una perspectiva risueña, iluminada de brillantes auroras de felicidad, y adornada de frondosas épocas de prosperidad y ventura. Pero pasan pocos dias y el encanto de nuestra hermosa ilusion desaparece, como desaparece al cabo de poco tiempo la brillantez y riqueza del cuadro que al principio de su mando nos presentan los partidos.

El ama va cambiando de carácter, y se muestra mas circunspecta, menos obsequiosa; hasta falta de atencion algunas veces. Su paladar tambien va sufriendo el mismo cambio. El pan lo halla duro; el vino ágrico; desabrido el puchero, las patatas no le gustan, y ya no hay que pensar en que coma hoy las sobras de ayer. En una palabra no le gustaban mas que los buenos bocados. Esto dá lugar á que entre ella y la criada se arme una lucha de mil diablos; pero como siempre la cuerda rompe por lo mas delgado; rompe en esta ocasion por la parte de la criada, que se vé despedida por haber querido mirar con demasiado celo por los intereses de sus amos; acontecimiento de que nos ofrecen algunos ejemplos los anales de la administracion pública en nuestra nacion.

Con esto el ama se nos va poniendo tan soberbia, que no hay quien pueda con ella: es menester medir el valor de las palabras y graduar la entonacion de la voz para no ofenderla. Por supuesto, todo menos contrariar su omnipotente voluntad. Con sol ó sin él, lloviendo ó haciendo viento, es preciso dejarla salir á todas horas, y sino.... pena de la vida para nuestro niño. Nada tampoco de hacerla tomar refrescos: al contrario, vino y mas vino, y este, puro, y del mejor. Jamás se ha visto monarca mas absoluto, ni despotismo mayor; al fin despotismo de *dida* que es el mas grande de todos los despotismos.

Solo la teníamos un poquillo mas tolerante, algo mas liberalizada, el dia en que le hacíamos algun regalo, ó el en que á su marido le teníamos á comer, cosas ambas que se repetian con bastante frecuencia. Al dia siguiente, otra vez *cara feroche al enemigo*.

(Se concluirá.)

El Novelero.

LOS ANGELES BLANCOS.

EPISODIO DE LA INSURRECCION DE STO. DOMINGO. (1)

(Conclusion.)

Después de haber corrido mil peligros, lograron al fin llegar á ella; pero apesar de su gran valor, empezaban á dudar de su salvacion, cuando la tempestad se disipó con la misma velocidad que se habia formado: el sol volvió á aparecer en el horizonte, y sus benéficos rayos animaron á nuestros viajeros medio muertos de cansancio; los que infaliblemente hubieran perecido, si por un milagro Dios no les hubiese socorrido. En el momento mas crítico, oyeron algunas voces lejanas. El Sr. de Mercey salió precipitadamente de la roca en que se habian refugiado, y desde la playa, vió á cinco marineros á quienes llamó rogándoles viniesen á socorrerles. Efectivamente pertenecian á la tripulacion de un buque inglés que estaba oculto á poca distancia de la embocadura del río. Conmovidos al oír todo lo que habia sufrido aquella desgraciada familia, les ofrecieron llevarlos á bordo, tan luego como hubiesen terminado la comision que les habian encargado sus gefes. Les dejaron rom y algunos víveres, prometiéndoles que volverian por ellos dentro de algunas horas.

Narciso subió encima de la roca y echado de cara sobre ella, escuchaba atentamente para ver si oía venir á los únicos que podian salvarles; porque la corriente del río se habia llevado la barca.

—Hace mas de cinco horas que marcharon, exclamó el Sr. de Mercey, y aun no vuelven ¡Ay! nos habremos salvado de un peligro para venir á morir aquí sobre esta playa desierta!

—Amigo, pon tu confianza en Dios; que no nos abandonará.

—Oh! no, dijo Apolon; porque todos hemos hecho nuestro deber: las señoras nos han dado el ejemplo, despreciando la muerte, y los hombres hemos hecho todo lo que ha sido posible para salvarlas.

—Unamos nuestras súplicas, dijo Blanca, arrodillándose. Todos se hincaron de rodillas, y pronunciando ella en alta voz una ferviente oracion, cada uno la repitió en voz baja. Apenas habia pronunciado la última palabra, cuando Narciso gritó. *Amo, amo,*

marineros con lancha! Son ellos, los conozco.

En efecto eran los marineros ingleses que venian en el bote del buque que montaban, para recoger á los desgraciados que los esperaban con tanta ansia.

¡Qué momento tan feliz para aquellos infelices, á quienes la muerte amenazaba por todos lados, viéndose al fin reunidos en parage seguro, llenos de toda clase de atenciones y cuidados, de que tanto necesitaban!

Sabéis ya mis queridos lectores los peligros que han corrido; que debieron su salvacion al amor conyugal y filial llevado al heroismo; así como á la fidelidad y cariño de sus leales servidores. Renunciamos á explicaros lo que les sucedió después; solo añadiremos, que Blanca se casó con un joven, que conoció perfectamente, que una doncella tan tierna á la par que valerosa, no podria menos de ser una fiel esposa y madre admirable; que le fueron devueltos la mayor parte de sus bienes; y que por último hace pocos años vivia aun haciendo como siempre, la felicidad de los que la rodeaban, tendiendo su mano protectora á los desgraciados; porque comprendió lo que vosotras sabéis ya, que la mano mas linda, no es la mas blanca y mejor contorneada, sino la que enjuga las lágrimas del desvalido.

M. de B.

MODAS.

He aquí la descripción que hace de los trages el periódico francés *El Consejero de las Señoras y Señoritas*, correspondiente al mes actual.

«Empezaré hablándoos de los trages para niños. Ya sabéis que la gran moda para los que tienen menos de seis años, es vestirlos siempre de blanco. Las niñas ya mayorcitas usan tambien mucho este color, pero no de una manera tan exclusiva. La tela que se emplea para estos trages, es cuasi siempre el piqué. No penseis que sean hechos con sencillez: hoy en nada se conoce esta cualidad. Está muy lejos el tiempo en que una blusa de tela y un sombrero de paja formaban el traje de un niño. En el día al contrario; aquellos están hechos con la misma elegancia, con el mismo buen gusto que los de sus madres, que no es poco decir. El piqué blanco de que os he hablado, se borda, se festonea, se cubre de trencillas, se llena de botones, se guarnece con fleco etc. etc.

(1) Véanse los tres números anteriores.

Una amiga mia, que tiene el mayor placer en vestir á los dos ángeles que Dios le ha enviado, vino á visitarme. La niña, que tiene cuatro años, llevaba un vestido de piqué blanco; la falda estremadamente corta y con mucho vuelo, estaba guarnecido de cada lado con galon del mismo color formando sardinetas, que terminaban por un boton. El cuerpo con una verta en forma de elástico, y peto bordado con trencillas. La manga corta pero muy ancha, guarnecida con el mismo galon que el peto. El sombrero, de paja redondo, levantado un poco de los lados, guarnecido de encaje negro, bordado este de azabache. Una corona de capullos de rosa, colocada al rededor de la copa, y un ramito de las mismas flores á cada lado de la cara. Las cintas color de rosa. Los pantalones bordados muy anchos y cortos, no llegaban mas que hasta media pantorrilla; calcetines de color de rosa y blanco, saliendo solo dos dedos de la botita color de ceniza.

El traje del niño de tres años, consistia en una falda con grandes pliegues metidos el uno dentro el otro. El cuerpo de polka guarnecido de galon formando greca. La misma greca adornaba la falda de cada lado, desde la cintura, hasta el dobladillo. Las mangas tenian la misma guarnicion: llevaba en la cabeza una gorra de paja sin visera, adornada de terciopelo azul.

La mamá llevaba vestido de tafetan de cuadritos negros y blancos, de doble falda, guarnecida la superior de cada lado con tiras de terciopelo negro, colocadas de manera que formaban pirámide; cuyas puntas entraban las unas dentro de las otras, dejando entre ellas una distancia de diez centímetros. En uno de los lados del terciopelo habia un fleco, y en el otro una hilera de botones. El cuerpo guarnecido como la falda, lo cubria cuasi todo un pañuelo de *granadina* rayado, con dibujos moriscos. El sombrero era de paja y crin, cubierta la copa y el *babolé* de encaje negro; una guirnalda de violetas de palma colocada al pie del encaje, se continuaba hasta detrás del sombrero: en fin un lazo color de lilá, reunia las dos puntas de la guirnalda, formando un lazo; guantes color de paja, y un magnífico brazalete de coral.

Por lo demás, están aun de moda las manteletas, las polkas, los medios pañuelos de muselina bordados, y los de encaje. Para vestidos de calle, los colores, gris lilá y

escocés, son los que están mas en boga.— Se llevan muchos vestidos de tafetan á discrecion: esto os probará que no se han abandonado los volantes, pero los vestidos á doble falda tienen mas aceptacion. Estas se guarnecen siempre, y las mas de las veces, con terciopelo. Los cuerpos de los vestidos de verano se hacen todos escotados para llevar con pañuelos de muselina blanca, tul, blonda negra, ó de la misma tela del vestido, cuando esta es muselina pintada. Las mangas muy anchas, con pliegues en la parte superior; cuasi todas abiertas hasta la sangría, y las de debajo de muselina blanca muy clara con un bollo todo lo largo del cosido, dentro del que se pasa una cinta de color así como al rededor del puño. Con este traje se lleva á la cabeza una especie de gasa ó pañuelito de tul en encaje, guarnecido de terciopelo.

Empieza á pasar la moda de las moñas. Los adornos se llevan hoy encima de la cabeza y no atrás. Las novias se colocan las coronas de flor de naranjo encima de las sienas. Y ya que hemos hablado de novias, voy á describiros el traje de una de ellas, cuya sencillez y buen gusto llamaron mi atencion. Llevaba vestido de muselina blanca á doble falda, con un dobladillo muy ancho en cada una. Además la falda superior guarnecida de un flequito formando pirámides, del que se desprendian unos botoncitos en forma de cascabel. El peto del cuerpo estaba guarnecido del mismo fleco, así como las mangas. El vestido muy alto, guarnecido el cuello de una *ruch* de tul ilusion. La corona de rosas blancas y flor de naranjo, de la que se desprendia el velo que era tambien de tul ilusion.»

Alberto.

CRÓNICA TEATRAL.

Cinco son las producciones que se han puesto en escena en nuestro teatro desde que escribimos la primera revista: esto es; *Una nube de verano*; *La Vaquera de la Finojosa*; *Una broma de Quevedo*; *La bola de nieve*; y *D. Francisco de Quevedo*.

La primera, original del Sr. Larra, es un simple juguete en tres actos, en el cual se retratan tal vez demasiado al vivo los achaques de nuestra sociedad. Los chistes, de que la comedia abunda, son por lo general de no muy buen género. En cuanto al argumento, es sumamente sencillo, algo inverosímil y con

un final bien desgraciado. La ejecución fué bastante igual por cuantos tomaron parte en ella, sobresaliendo algun tanto la Señora Massa y el Sr. Arquer, por la naturalidad con que se presentaron.

La Vaquera de la Finajosa, drama en tres actos, debido á la elegante pluma del Sr. Eguilaz, es una producción que agrada-ria mas á la mayoría del público, sino estuviere escrita en el lenguaje que usaron algunos de los mismos personajes que juegan en ella. El autor de *Verdades amargas*, familiarizado con las obras de Juan de Mena, quiso hacer alarde de sus conocimientos en el habla de la corte de Juan II, y no dejó de ser un capricho poco menos que escéntrico, pues logró no dejarse comprender mas que de una parte del público que asiste á las representaciones del drama. Esto no es pretender rebajar el mérito de la obra; es manifestar que somos poco amigos de que en el teatro lleve un autor de nuestros dias una producción que no la comprenda mas que el que conozca el habla con que se escriba. El interés dramático, que el argumento encierra, es lo único que puede escitar la curiosidad del que va al teatro para disfrutar, y no para estudiar con el diccionario de la lengua en la mano. En suma, *La Vaquera de la Finajosa* es una obra para presentarse á una academia, no para ponerse en escena ante un público, cuya mayoría no tiene la obligación de conocer el habla en que está escrita.

En cuanto á la ejecución, en general no salió del todo mal, distinguiéndose especialmente el Sr. Vilardebó y la Señorita Cuello, siendo ambos á dos justamente aplaudidos al final del segundo acto.

Una broma de Quevedo, drama en tres actos y en verso, es una producción del género del teatro antiguo, y bien ejecutada no es para desagradar. El argumento es algo lángido y no tiene situaciones muy interesantes. La verificación es fácil y bastante armoniosa. El desempeño no pasó de poco menos que regular.

La bola de nieve, drama del aventajado poeta Sr. Tamayo y Baus, es una producción que tiene bastante originalidad, aunque inverosímil en algunas de las situaciones que presenta. Sin embargo, el autor se olvidó varias veces de que estaba escribiendo un drama é introdujo en la obra, escenas propias de sainete: refundida podria ser una producción muy notable. La versificación corre muy fluida al través de un diálogo animado

y fácil, de un diálogo que sea tal vez lo mejor que tenga el drama. Los caracteres están bien delineados, si bien el de Clara lo está con alguna exageración, llegándose á enterver en ella el carácter de Doña Juana, en *La locura de amor*, drama del mismo Sr. Tamayo. El desempeño no fué muy feliz, que digamos. La señora Massa, la señora Cuello y el Sr. Guerra fueron los que sacaron mejor partido de su papel. El Sr. Vilardebó dió á conocer que no habia comprendido bien el carácter de Luis.

D. Francisco de Quevedo, magnífico drama de D. Euolgio Florentino Sanz, es una de aquellas producciones que nunca se desterrará por vieja de la escena. El personaje principal está retratado con aquella verdad que suele guiar la intuición del inspirado poeta. El hombre que acostumbra hacer reir á los que le rodean, es el menos compadecido y el que sufre mas. El mundo no descubre en las sonrisas de aquel á quien convierte en bufon, mas que una expansión de la jocosidad que le anima, y ¡ay! cuántas veces aquella sonrisa está impregnada de amargura y del acibar que rebosa en el corazón!

Por lo que respecta á la ejecución del drama, confesar debemos que dejó mucho que desear. El Sr. Guerra, que desempeñó el papel de *Conde-duque*, fué el que salió mas airoso.

Antes de concluir, debemos hacer una pequeña advertencia al Sr. Apuntador y es, que deseáramos que no levante tanto la voz, puesto que no nos gusta oír dos veces un drama en una misma noche.

En cuanto á la pareja de baile, como siempre.
Hermógenes.

ALBUM.

Leemos en nuestro apreciable colega *El Teatro barcelonés* del domingo 7 de junio, n.º 13:

«En el periódico LA PRIMAVERA, que se publica en Gerona, hemos tenido el gusto de leer un extenso artículo dedicado al *baile* que quisiéramos trasladar íntegro, porque hallamos en él un lenguaje poético, sublime á veces y siempre agradable. Al definir lo que es la *expresión*, encontramos tanta filosofía, tanta grandeza en las imágenes, tal exactitud y oportunidad en las comparaciones, que creemos rendir á su autor, (que debe ser un entusiasta del baile, ó por lo menos del movimiento) un justo homenaje á su talento trasladando á las columnas del nuestro, los períodos á que aludimos y á los que ponemos el epígrafe de LA EXPRESION.»

Director. D. FRANCISCO P. VARELA.